



ALEJANDRO KORN

**LA REFORMA
UNIVERSITARIA**



1º — LA REFORMA
UNIVERSITARIA (Una
conciencia de emancipa-
ción en desarrollo). —
GABRIEL DEL MAZO.

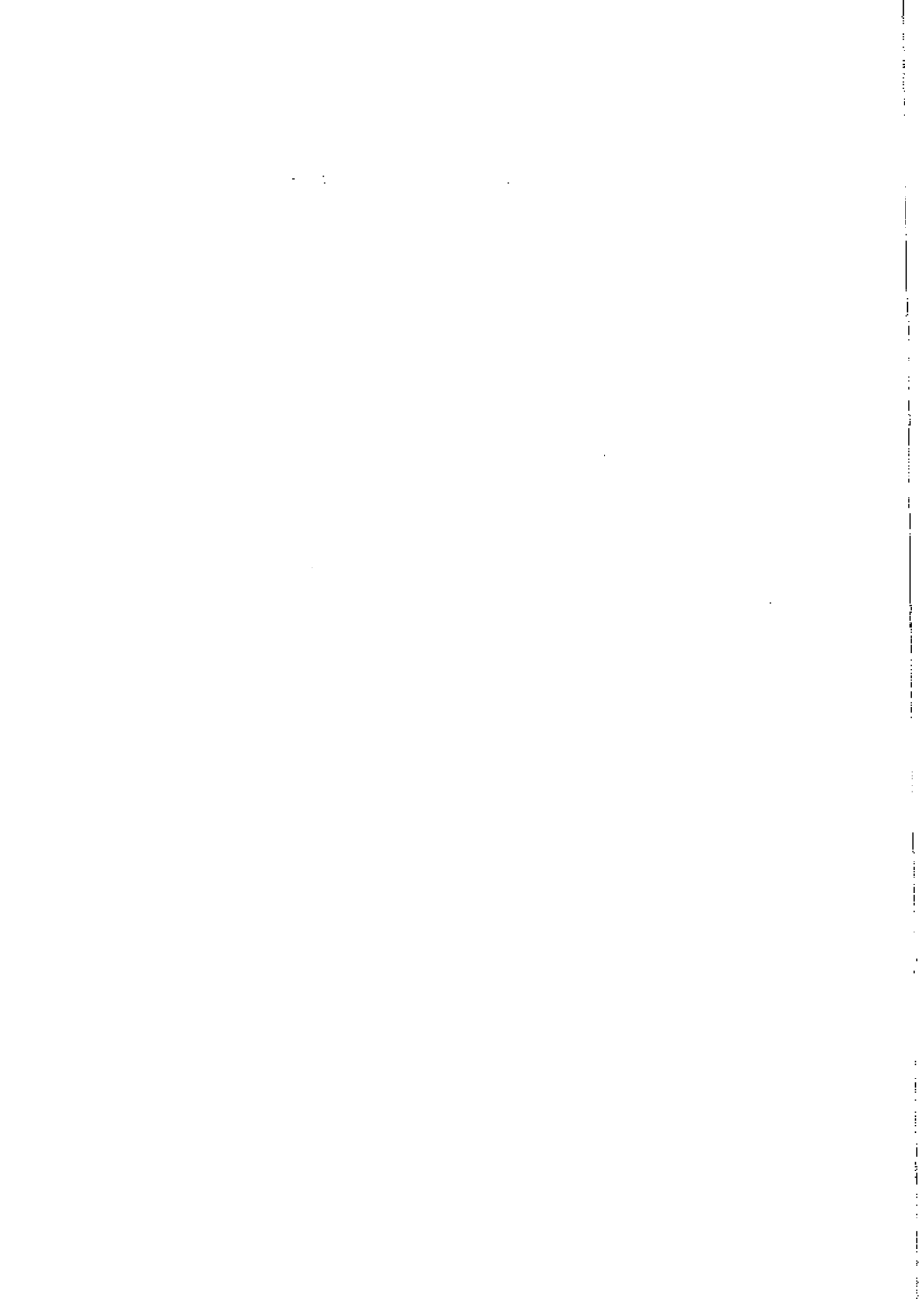
2º — LA REFORMA
UNIVERSITARIA. —
ALEJANDRO KOEÏ.

Correspondencia:
FUCUMAN 1424
2º Piso - Dpto. B

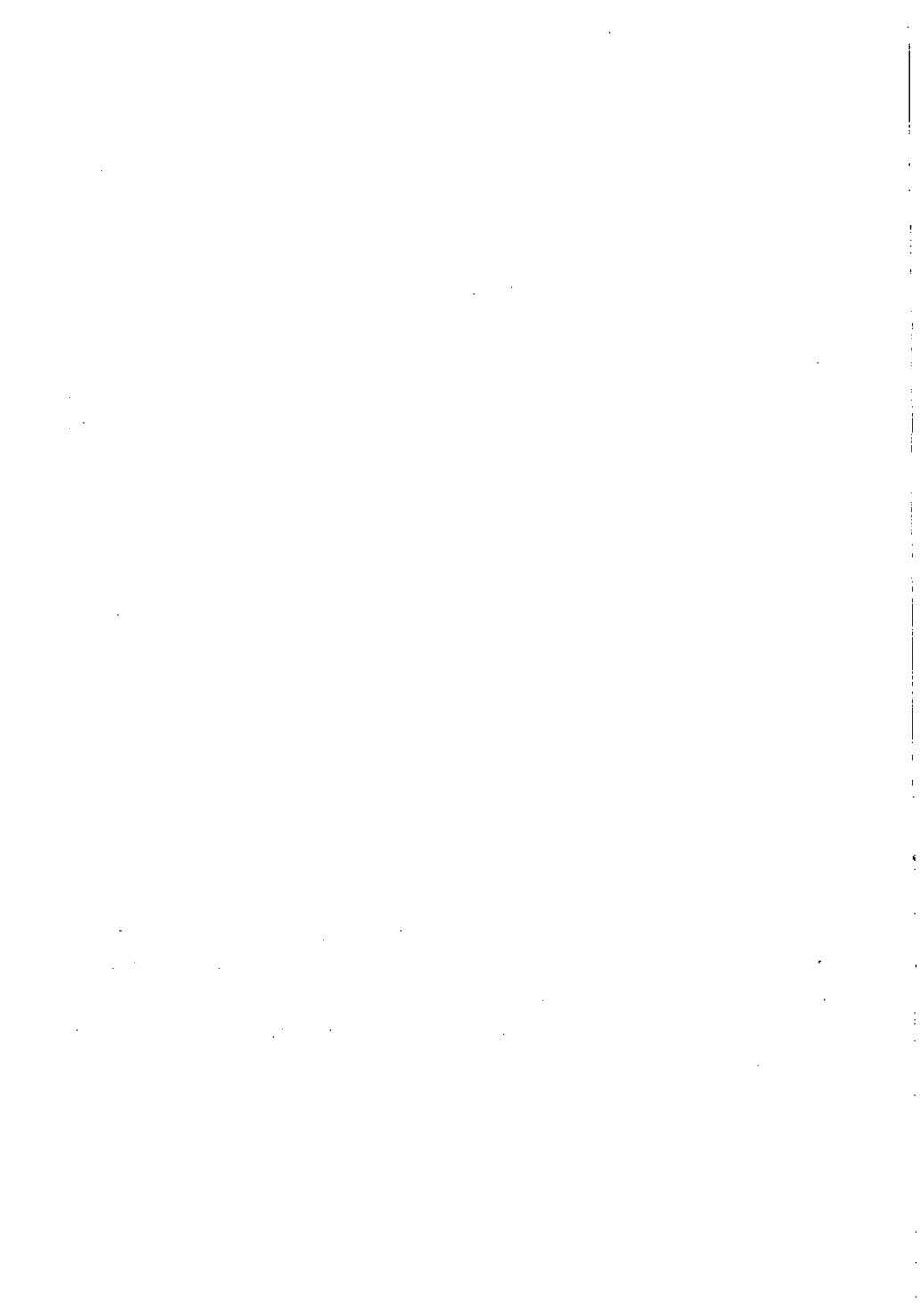
ALEJANDRO KORN

LA REFORMA UNIVERSITARIA

C. E. R. U.



El Centro de Estudios Reforma Universitaria continúa, con una selección de trabajos de quien fuera digno maestro de la juventud, su obra divulgadora de la Reforma. El presente es una compilación de escritos realizados con criterio selectivo; comprende el DISCURSO DEL DECANATO pronunciado el 26 de octubre de 1918, al asumir el doctor Alejandro Korn el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, al triunfar en esta Universidad el movimiento reformista. Se publicó, ese mismo año, en la "Revista de la Universidad de Buenos Aires" y en "Verbum". LA REFORMA UNIVERSITARIA se publicó en el diario "El Argentino", de La Plata, en 1919, al iniciarse la huelga estudiantil en favor de la Reforma Universitaria en esa ciudad. LA REFORMA UNIVERSITARIA Y LA AUTENTICIDAD ARGENTINA apareció en "La Gaceta Universitaria", órgano de la Federación Universitaria de Buenos Aires, N° 1, octubre de 1920. EL MOVIMIENTO DE LA JUVENTUD, en "La Gaceta Universitaria" de Córdoba, el 19 de julio de 1924. LOS EXÁMENES Y EL IMPERIO DE LA RUTINA comprende la parte substancial de la contestación a una encuesta del Consejo Superior de la Universidad de La Plata, hecha en 1928. Se publicó por primera vez, con el título SUGESTIONES SOBRE LA REFORMA UNIVERSITARIA en "Revista Socialista", N° 79, diciembre de 1936, Buenos Aires.



Buenos Aires, Julio de 1956.

DISCURSO DEL DECANATO

Comporta el puesto que me discierne el voto de los profesores y alumnos una alta distinción, y al aceptarla no puedo menos de exteriorizar mi gratitud, que, por igual, se extiende a quienes con espontáneo y juvenil impulso primero pronunciaron mi nombre, como aquellos que renunciaron a justos reparos para prestigiarle con su alta autoridad. Y es para mí, doctor García, excepcional satisfacción escuchar la bienvenida de labios de personalidad tan autorizada, cuya palabra siempre mesurada y gentil, sabe entretener a sus intencionados giros la cálida expresión del afecto y de la sinceridad.

No he de ocultar, sin embargo, que en este instante, a pesar de este ambiente placentero, más que la sensación del halago, prevalece en mi ánimo la sensación de la responsabilidad que asumo, la duda propia del hombre nuevo llamado a continuar la obra de tan dignos antecesores. Porque si bien sin fingido apocamiento, también sin alarde contemplo los deberes que impone esta remoción inesperada de las autoridades universitarias, las causas múl-

tiples y complejas que interrumpieron la marcha normal y los problemas que diseña el porvenir. Por un feliz concurso de circunstancias, la prudencia, señor Interventor, la acción concorde de profesores y alumnos ha elausurado con rapidez este episodio, no sin dar un ejemplo de unión y de cordura. Me conforta este espíritu de circumspecta sensatez; él justifica la intervención de los estudiantes en el gobierno de las casas y aleja todo recelo sobre la eficacia de la avanzada reforma que ensayamos. Su primer fruto es un Consejo Directivo habilitado para satisfacer todas las aspiraciones legítimas.

Ha sido un acto de la más elemental justicia haber mantenido la probada colaboración de los hombres, que, previsores, fundaron esta casa en tiempos nada propicios, la dirigieron con amplitud de criterio y con perseverancia abnegada superaron las dificultades de la naciente y poco arraigada institución. No sin complacencia volvemos una mirada retrospectiva sobre el desarrollo de esta Facultad; su importancia y su misión fué negada en los comienzos, pero lentamente se poblaron sus aulas, se cumplió el cuadro de su enseñanza, se convirtió en centro destinado a la difusión de las ideas y ya estos muros son estrechos para albergar junto a las aulas las colecciones etnológicas del museo, la creciente riqueza de su biblioteca, nuestra valiente sección histórica y la geográfica encaminada a idéntico desarrollo, creaciones todas que honran a sus iniciadores.

En buena hora se incorporan al Consejo fuerzas nuevas, exponentes representativos de nuestra vida intelectual, cuyo renombre ha salvado los lindes patrios; vienen ellos a su propio hogar, era su ausencia la que extrañábamos, no

nos sorprende su llegada. Luego compañeros hoy, quienes ayer no más frecuentaban nuestras clases, arrojarán a la controversia académica la voz de nuestra juventud, el eco de sus anhelos, el reflejo de sus impaciencias, la gallarda entereza de sus desplantes. Y por primera vez en nuestro grave cónclave pondrá su nota amable la mujer; viene a ocupar en la casa de Rivadavia el bien ganado sitio y bien la representa la distinguida graduada que honra nuestra Facultad.

Así llegaremos de los rumbos más opuestos de la vida a sentarnos en torno de la mesa del Consejo, distintos en años, en experiencia y saber, separados por hondas divergencias, pero inaucomunados en el culto de los más altos intereses humanos, con igual libertad de espíritu, dispuestos a hacer de esta casa el centro, el foco de un intenso movimiento intelectual, a conquistarle la preeminencia en el organismo universitario, a extender su influencia sobre las más altas inspiraciones de la vida nacional. La abriremos al aire y a la luz, a todos cuantos representan talento y ciencia, a cuantos invistan autoridad moral, y tan sólo la mediocridad quedará proscripta de nuestra cátedra.

No debemos considerar estos movimientos que han venido a perturbar el tranquilo ambiente universitario como hechos aislados o fortuitos. Después de lenta gestación, se han insinuado en su punto, han estallado en otros y han repercutido en todos, hasta imponerse con la implacable coerción de las fuerzas que surgen en su hora histórica. Debemos vincularlos, no a causas ocasionales o transitorias, sino a la razón fundamental que las informa. No debemos apreciarlos, según sus rasgos humanos, tal vez excesivamente humanos, sino según la finalidad que los rige.

Son en realidad, la expresión aún inorgánica, vaga, quizá desorientada, de la honda inquietud que estremece el alma de las generaciones nuevas. Algún estrépito había de ocasionar el crujir de los viejos moldes.

No son estos movimientos sino un incidente dentro de otros más amplios, que, a su vez, reflejan grandes corrientes universales, pues nosotros somos una parte solidaria de la humanidad. Donde quiera que escrutemos al campo de la actividad mental, hallamos sus huellas, en la producción literaria, en la obra artística, en el anhelo de nuevas soluciones para los viejos problemas del pensamiento y de la organización social. No es fácil para un contemporáneo señalar la quietud, pero si intentamos contemplar el momento actual y su proyección histórica, tal vez logremos entrever la solución.

Hay en la evolución de las ideas un movimiento rítmico, en virtud del cual toda época nueva ofrece un carácter opuesto a la que precede. ¿Y cuál, preguntemos, fué el carácter saliente de la última, que hoy se desvanece en el pasado? Ningún extraño lo anunció en sus albores; fué un pensador genuinamente nacional el que nos dió la clave de los para él tiempos venideros, al revelar el carácter económico de los problemas sociales y políticos. La doctrina de Alberdi la hemos vivido hasta agotarla, hasta exagerar y pervertir, hasta subordinar toda actividad a un interés económico. El hicimos bien; ésa fué la ley del siglo y realizóse la obra nacional más urgente.

Mas el proceso histórico no se interrumpe, todo principio extremado engendra su contrario, un nuevo ritmo sobreviene, su significado es otro: hay valores superiores a los económicos. No los ignorábamos, ése era el secreto

de esta casa, en la cual no hay una sola cátedra donde se enseñe el arte de hacer dinero. Por fin, nuestra hora llega. Nos inclinamos, pero para despedirnos de la gran época de los procesos económicos y técnicos; qué grande fué, con una grandeza comparable sólo a la grandeza de la catástrofe en que se hunde. No negamos cómo habíamos de negar la necesidad del desarrollo económico, pero lo aceptamos solamente como un medio, como el limo fecundo donde ha de germinar una alta cultura, a la vez humana y nacional.

Y el nuevo orden surge con anhelos de justicia, de belleza y de paz; con ideales éticos, estéticos y sociales. Allá se realizarán en su medida; nosotros habitamos los dominios de la teoría, muy conscientes, empero, que ella forja las armas decisivas, que los conceptos abstractos más sutiles se concretan como piedras para lapidar la estolidez reacia.

Con su trabazón lógica, casi escolástica, ha poco aún se imponía aquel sistema que, apoyado en las ciencias naturales, hacía del hombre una entidad pasiva, modelado por fuerzas ajenas a su albedrío, irresponsable hasta de sus propios actos, aprisionado sin remedio en el nexo causal de la herencia y del ambiente; la libertad era una hipótesis, el bien, el éxito, la razón de la existencia oscura e insondable. Para sus dudas y sus ansias quedábale al hombre o la resignación estoica o el consuelo falaz de la superstición, pues como la naturaleza, que entiende interpretar, esta doctrina es amoral y sin finalidad. Y he aquí que vuelven ahora a postularse ideales, queremos ser dueños de nuestros destinos, superar el determinismo mecánico de las leyes físicas, el automatismo inconsciente de

los instintos, conquistar nuestra libertad moral y encaminar el gran proceso en su ascensión sin fin hacia los eternos arquetipos. El hombre reclama los fueros de su personalidad, la capacidad de la acción espontánea, como si volviera a animarle aquel *nus poiétikon*, la razón activa y creadora, que el viejo Aristóteles juzgaba el timbre más alto de la especie humana. No quiero amenguar con una consideración escéptica el gran esfuerzo de ambas posiciones, ni quiero fallar en la contienda; mis alumnos saben que jamás desde la cátedra he dogmatizado y con igual fervor les he expuesto a Platón y a Lucrecio Caro. Pero el gran debate está trabado, formidable, todos los espíritus; no cabe simular la indiferencia y, fuera de duda, puede afirmarse que la necesidad de una solución ética se impone a unos y a otros. Como en los tiempos remotos en que el discípulo de Sócrates pensaba las utopías de su república, el ideal se resume en la misma palabra: Justicia, que para Platón era la síntesis de la tríade ética. Justicia queremos como norma de nuestra conducta; justicia social, justicia entre las gentes de distinta estirpe. Llegue alguna vez el día sereno en que no la confundamos con el grito desaforado de nuestras pasiones ni con el reclamo mezquino de nuestros intereses.

Como en cada mónada, según Leibniz, se refleja a su modo el universo íntegro, así también en los acontecimientos aislados se reflejan las ideas directrices de la época. Conocerlas es poseer la razón de los hechos; no es lo mismo contemplar las cosas desde la cumbre o con el ojo desorbitado del batracio, detenido ante el plinto de una columna cuyo erguido fuste no sospecha.

No sería suficiente por eso ahondar nuestro criterio

filosófico e histórico, ni contemplar las ciencias con la educación de nuestra sensibilidad estética, si no nos dispusiéramos al mismo tiempo a encuadrar la vida dentro de la integridad moral de nuestro carácter. Toca, por cierto, a la Universidad no descuidar esta faz de su misión, y la acaba de tener presente al suprimir —por fin— la tradicional tutela de las trabas reglamentarias con las cuales pretendía mecanizar la vida del estudiante. No desconozcamos su alcance. Esta innovación emancipadora no es un alivio para nadie; ella dignifica la vida universitaria, pues despertará en profesores y alumnos la conciencia de su responsabilidad. La falta de coacción externa obliga a suplirla con la disciplina espontánea. Esta reforma por fuerza ha de intensificar la seriedad de las pruebas finales y desde luego impondrá al estudiante mayor contracción y sobre todo el autodomínio de su voluntad. La libertad es un bien para los fuertes, para muchos será un escollo. Pero esto no es un mal; conviene que la selección se verifique, que si la ineptitud está demás en la cátedra, tampoco hace falta en las bancas.

La misma coparticipación de los alumnos en la designación de las autoridades universitarias es un hecho que impone los deberes correlativos. Es menester ejercerlo con unanimidad, convencidos que la evolución lenta de las ideas y de los hombres no puede precipitarse más allá de cierto límite. Y permítanme los alumnos que con la autoridad que ellos mismos me han dado, les haga una advertencia: tras de las nuevas ordenanzas ha aparecido como por generación espontánea, el tipo de docente empeñado en captarse la benevolencia del estudiante con la frase lisonjera que explota sus flaquezas. Ese es el enemigo. No

ha de mediar displicencia entre el profesor y los alumnos, bien poco vale el saber sin la bondad, pero el maestro ha de ser severo, que no educa a niños sino a hombres.

Y ahora, señores, con doble ahinco, retornemos al trabajo; pocos días nos quedan de terminar los cursos, tratemos de aprovecharlos. La meta que perseguimos no se alcanza con improvisaciones ni con impulsos irregulares; ella exige el cumplimiento metódico de la tarea del día, la concentración del espíritu sobre los deberes inmediatos.

Y antes de separarnos levantemos la mente al ideal más alto que cada uno de nosotros, con nombre diverso, vengra en el fondo de su conciencia, y hermanados en el afecto a esta causa, en el propósito de honrarla, formulemos un voto por el éxito de la Reforma Universitaria, por la gestión acertada del Consejo Directivo, y también por la del más modesto de todos, la del nuevo Decano.

1918.

LA REFORMA UNIVERSITARIA

Nuestros institutos universitarios se hallan labrados por una gravísima crisis y las fases sucesivas del proceso, de vez en cuando con episodios más dramáticos, sorprenden al público y obligan al comentario de la prensa. Al fijarse la atención en cada uno de los incidentes singulares, olvidados ya los anteriores y desconocida su trabazón íntima, el juicio simplista y superficial no atina a librarse de una impresión molesta. Peor aún si afectos o intereses heridos pretenden amenguarlos o si la apreciación sincera, pero unilateral, solamente advierte una faz de los hechos sin ahondar sus raíces. Aún a riesgo de decir cosas sabidas que, entre universitarios, son casi lugares comunes, conviene darles una difusión más amplia.

Si un movimiento se incubaba durante varios años, estalla en Córdoba, luego en la Capital y repercute en La Plata, si logra apasionar a la parte mejor de nuestra juventud, si se mantiene en vigor y resiste todas las asechanzas, debemos suponerle causas propias y no atribuirlo con ingenuo candor a una "confabulación siniestra". Los motivos aparentes de cada conflicto en particular pueden ser diversos y ofrecer caracteres locales, pero esta perturbación general por fuerza ha de responder a una causa

general. Se trata, no de un hecho, sino de una serie continuada de hechos en los cuales se exterioriza un estado de ánimo: la protesta contra resabios anacrónicos del pasado y el deseo de enaltecer la vida universitaria. Negarlo, reducir la Reforma Universitaria a las proporciones mezquinas de una gresca estudiantil, explicada por tal o cual motivo personal u ocasional, es una falta de visión del conjunto, es no tener la sensación del momento histórico que vivimos. ¡Toda la humanidad se halla conmovida y no había de inquietarse la juventud argentina!

Ocurre que la Universidad ha perdido entre nosotros la dirección de la vida intelectual, la cátedra se halla rezagada con relación al medio ambiente. Dejemos a salvo, como es natural, las excepciones, pero la renovación de las ideas directrices, el arraigo de nuevas tendencias sociales, estéticas o filosóficas, la controversia entre posiciones opuestas, toda la brega espiritual, se verifica fuera de las aulas. El libro y la revista son los vehículos del pensamiento; la cátedra no enseña, el estudiante se vuelve autodidacta y la concurrencia a clase una obligación penosa.

Sin embargo, la ausencia del maestro se hace sentir, su dirección, su influencia, no puede suplirse con la información libresca. El estudio mismo de los autores y su elección requieren un guía, un comentario, una apreciación fundada; la letra muerta sobre todo ha de animarse, la materia especial subordinarse a sus conceptos generales; toda la cultura de un espíritu amplio y la autoridad sugestiva de una personalidad son necesarias para dar a la enseñanza su eficacia. Los estudiantes bien lo saben; con acierto implacable distinguen al maestro del simple

pasante que repite su texto o toda la lección, o con desgano divaga para matar a todo trance la hora de academia.

Todas estas deficiencias se acentúan por cierto si la Universidad, ajena a los cambios que sobrevienen en el mundo de las ideas, abstraída en rutinas y doctrinas preteritas, se divorcia de las fuerzas activas y en lugar de irradiar su influencia en la vida nacional se convierte en refugio de la desidia y de la mediocridad. ¿Cómo el desconcepto de una situación semejante no había de provocar en la juventud el desdén primero, la protesta después y, por último, la inevitable rebeldía?

Las reflexiones serias y las declamaciones fingidas sobre la falta de disciplina, a su vez no tardan en manifestarse. La consagración al estudio no puede prosperar en el desorden, la disciplina es necesaria, pero en el ambiente universitario no puede imponerse ni por una reglamentación pedantesca, ni mucho menos por la coerción física. No cabe sino una autoridad moral, y haberla querido suplir con el machete del gendarme ha sido un delito y el origen de las reacciones violentas. La Universidad aspira a ser en el desenvolvimiento de nuestro pueblo una entidad directriz merced a su alta autoridad moral y no puede ejercer otra en su propio recinto.

Suprimida la asistencia obligatoria, profesores incapaces de reunir cuatro oyentes en torno de sus cátedras, claman por medidas compulsivas en lugar de tomar resignados el camino de sus casas. Y en nombre del socorrido principio de autoridad, las oligarquías dirigentes, también ansiosas de perpetuarse, amparan la ineptitud, toleran la indolencia, incurren en favoritismos y postergaciones;

eso sí, atentas siempre al formulismo legal, satisfechas de salvar las apariencias.

Entre tanto, fuera del claustro se derriban viejos conceptos, germinan nuevas ideas, bulle la vida en almas jóvenes y las mentalidades académicas nada barruntan.

Si luego los nuevos tiempos se anuncian con algunos aldabonazos recios, se sobresaltan e imaginan subvertido el orden cósmico porque les peligra su plácida quietud.

Así, pues, como la asistencia libre es condición indispensable para estimular al docente, la renovación a breve plazo de los cuerpos académicos con la cláusula de la no reelección es la segunda exigencia de la reforma a fin de evitar la estabilización, algunas veces vitalicia, de los mismos personajes en los mismos puestos directivos.

No concluye, sin embargo la reforma universitaria con estas y otras modificaciones de los estatutos vigentes, ni se la identifique con la letra de alguna ordenanza reciente tan permeable al fin a las arterias habituales como las antiguas. La reforma es un proceso dinámico, su propósito es crear un nuevo espíritu universitario, devolver a la Universidad, consciente de su misión y de su dignidad, el prestigio perdido. Al efecto, es imprescindible la intervención de los estudiantes en el gobierno de la Universidad. Ellos y solamente ellos representan el ímpetu propulsor, la acción eficiente, capaz de conmover la inercia y de evitar el estancamiento. Sin ellos nada se ha hecho ni nada se habría hecho. La forma en que han de intervenir, es cuestión secundaria; lo importante es que constituyan un poder del cual en adelante no se pueda prescindir. Por conquistar o afirmar este poder, la juventud universitaria en un esfuerzo solidario que abarca todo el país,

lleva dos años de gallarda lucha, y de su éxito depende el porvenir de la cultura argentina. Los adversarios francos de la Reforma, por suerte a la fecha han sido arrollados; nadie osa combatirla de frente. Enemigos más taimados, son otros que acuden a los recursos más insidiosos para desvirtuarla y los peores los amigos simulados que la aceptan con reservas mentales.

Si desde luego resisten a la Reforma Universitaria en primer lugar los intereses creados, no todos cuantos se le oponen son espíritus retrógrados o aviesos; en parte son hombres dignos de respeto, que sin abrigar intenciones mezquinas, se alarman ante tendencias a su juicio anárquicas y disolventes. Sin desconocer la existencia de prácticas viciosas, esperan poderlas remediar por otros medios y califican los empleados como subversivos. Temen, pues, la ingerencia directa de los estudiantes.

Los que simpatizamos con la Reforma, en cambio, nos resistimos a magnificar ciertos incidentes, conservamos la fe en los sentimientos espontáneos de nuestra juventud, y el desquicio de la enseñanza lo achacamos a las corruptelas acumuladas durante años. En la agitación momentánea tan sólo vemos el punto de partida de un gran movimiento espiritual encaminado a transmutar la orientación ideológica de las nuevas generaciones. Hemos anunciado el advenimiento de una intensa cultura ética y estética, genuinamente argentina, ennoblecida por el anhelo de la justicia social y destinada a superar, sin desmedro para la ciencia, la época intelectualista y utilitaria. Complace ver a la juventud, aunque sea por distintos rumbos, buscar la luz de nuevos ideales.

Una cátedra libre rodeada por estudiantes libres, due-

ños y responsables de sus actos, ha de contribuir mejor a formar el carácter nacional que la tutela verbosa de quienes jamás dieron un ejemplo de entereza.

Pecóse dentro y fuera de los muros de Troya. Así suele acontecer cuando el conflicto de las ideas abstractas se concreta en el choque áspero de sus representantes. No pueden, empero, equipararse los extravíos de una muchachada impulsiva con la incomprensión y los desplantes de hombres maduros. Ciertos alardes serían inexplicables, si no conociéramos la psicología risueña de su indignación. Y hasta la revisten, si el caso llega, con las formas de ese mísero derecho que se emplea, no en servir la justicia, sino al cliente.

Hace poco más de un año, al asumir una función académica, dijimos que algún estrépito había de ocasionar el erugir de los viejos moldes (1). No debióse tomar la metáfora en su sentido literal, pero algunos vidrios estrellados y una venerable poltrona perniquebrada nos tienen sin cuidado. Están en juego prendas más valiosas.

1919

(1) El autor se refiere al *Discurso del decanato*, incluido en este trabajo.

LA REFORMA UNIVERSITARIA Y LA AUTENTICIDAD ARGENTINA

Sobre el problema de la enseñanza superior abunda una literatura esparcida en libros, revistas y periódicos y no me propongo agregarle una página más. No voy a recomendar ni el modelo de las universidades germánicas, ni el ejemplo de las norteamericanas, no pienso inspirarme en la organización de los institutos franceses o italianos. Porque a esto se reduce entre nosotros el debate de los asuntos universitarios: a ponderar como eximio, como único, algún trasunto extraño. No podemos renunciar a la propensión simiesca de la imitación tan desarrollada en el espíritu argentino.

Promulgadas las reformas últimamente conseguidas, más de una vez he escuchado la angustiada pregunta: ¿En qué país ha visto usted semejante cosa? Y avergonzado ante el reproche, he debido atribuir las a un remoto atavismo, pues valido de la erudición ajena he llegado a saber que algo análogo se usaba en la vieja Universidad de Salamanca. Todo, antes de confesar nuestro coraje de hacer algo propio.

Ante el espectáculo de la Reforma impuesta con vio-

lencia revolucionaria, los hombres de mi tiempo se hallan en la situación trágica de aquellos padres españoles que en la época de la emancipación veían afligidos a sus hijos criollos enrolarse en las filas de la rebelión. No podían ni comprender, ni justificar, ni sancionar una subversión destinada, a juicio de ellos, a conculcar todos los respetos morales y tradicionales. Aún cada generación caduca y agotada vuelve a experimentar las mismas congojas. *Casca il mondo*, decía aquel fraile, porque le demolian algunas piedras en la Porta Pía. Gracioso es hallar la misma zozobra en quienes alguna vez, antaño, tuvieron su cuarto de hora revolucionario.

La Reforma Universitaria no es una obra artificial. No ha nacido en la mente pedantesca de un pedagogo, no es el programa fugaz de un ministro, ni, como propalan los despechados y los desalojados, la trama insidiosa de espíritus aviesos. Es la obra colectiva de nuestra juventud, movida por impulsos tan vehementes y espontáneos como no habían vuelto a germinar desde los días de la Asociación de Mayo, cuando el verbo romántico de Echeverría despertó las conciencias a nuestra vida.

Fué en Córdoba, en el centro urbano más argentino, más saturado de tradición ancestral, donde estalló el movimiento, latente de tiempo atrás. Por eso no se extravió. Con conciencia plena de los males, con intuición clara de su remedio, creó las nuevas formas de la vida universitaria, despreocupado de fórmulas y de ficciones. E hizo obra maestra, obra nacional, pese a algunos alardes de ingenuo exotismo; al fin el carmín ocasional no ha de desteñir el color nativo.

La iniciativa arribeña, tan oportuna, tan eficaz, de

inmediato repercutió en el litoral, y éste es el momento en que tras recia lucha, la Reforma acaba de enseñorearse del último baluarte, de la Universidad de La Plata.

No ha triunfado por acaso. Si ha podido convencer la obstinada resistencia, si se ha sobrepuesto a la incomprensión de unos y a la malevolencia de otros, ha hallado bríos y tenacidad para mantener la larga contienda, es por ser la expresión de una necesidad histórica.

Había sobrevenido en las universidades una verdadera crisis de cultura. Por una parte la persistencia de lo pretérito, el imperio de difundidas corruptelas, predominio de las mediocridades, la rutina y la modorra de los hábitos docentes, por otro la orientación pacatamente utilitaria y profesional de la enseñanza, la ausencia de todo interés superior, el olvido de la misión educadora y por último el autoritarismo torpe y la falta de autoridad moral, dieron lugar a esa reacción que nace de las entrañas mismas de la nueva generación.

Y he ahí el asombro de todos los teorizantes, indignados porque la realidad se atreve a prescindir de sus consejos, porque las fuerzas vivas obedecen a su propia ley, sin curarse de efusiones verbales siempre reñidas con los actos. El mal estaba a la vista, no lo desconocían ni los mismos autores, pero las mentes académicas abstraídas en las reminiscencias del pasado, indiferentes al movimiento actual de las ideas, sin noticias de la llegada de un nuevo siglo, ni sospechaban siquiera la inquietud de las almas jóvenes. Cuando más se les ocurría el trasplante de instituciones exóticas, concebidas por y para otras gentes. Larga es la serie de esas creaciones postizas, que, o no arraigan en nuestra tierra o experimentan una dege-

neración criolla que las convierte en caricatura de sus originales. La juventud argentina —honor a ella— supo hallar la vía propia, la solución argentina y nacional. A no ser por su arrojo, todavía estábamos deliberando.

La exigencia de plantear nuestros problemas como propios y resolverlos dentro de las características de nuestra evolución histórica no importa incurrir en una necia patriotería. Nada tengo de común con quienes al decir patria la identifican con menguadas concuscipencias y la celebran en vulgares frases. Parte integrante de la humanidad también somos nosotros y sus angustias, sus luchas y sus esperanzas también las vivimos nosotros. Nuestro hogar se yergue sobre los bordes del Atlántico, dispuesto a acoger con ánimo amplio todas las repercusiones del proceso mundial. ¿Cómo desconocer, precisamente en la emoción intensa que labra el espíritu de la juventud, la expansión de corrientes universales?

Así también en la Reforma Universitaria se expresa un anhelo de renovación, un deseo de quebrantar las viejas formas de la convivencia social, de transmitir los valores convencionales. Su importancia no reside en el articulado casuista de estatutos más o menos acertados, sino en el contenido ideal que logre animarlos.

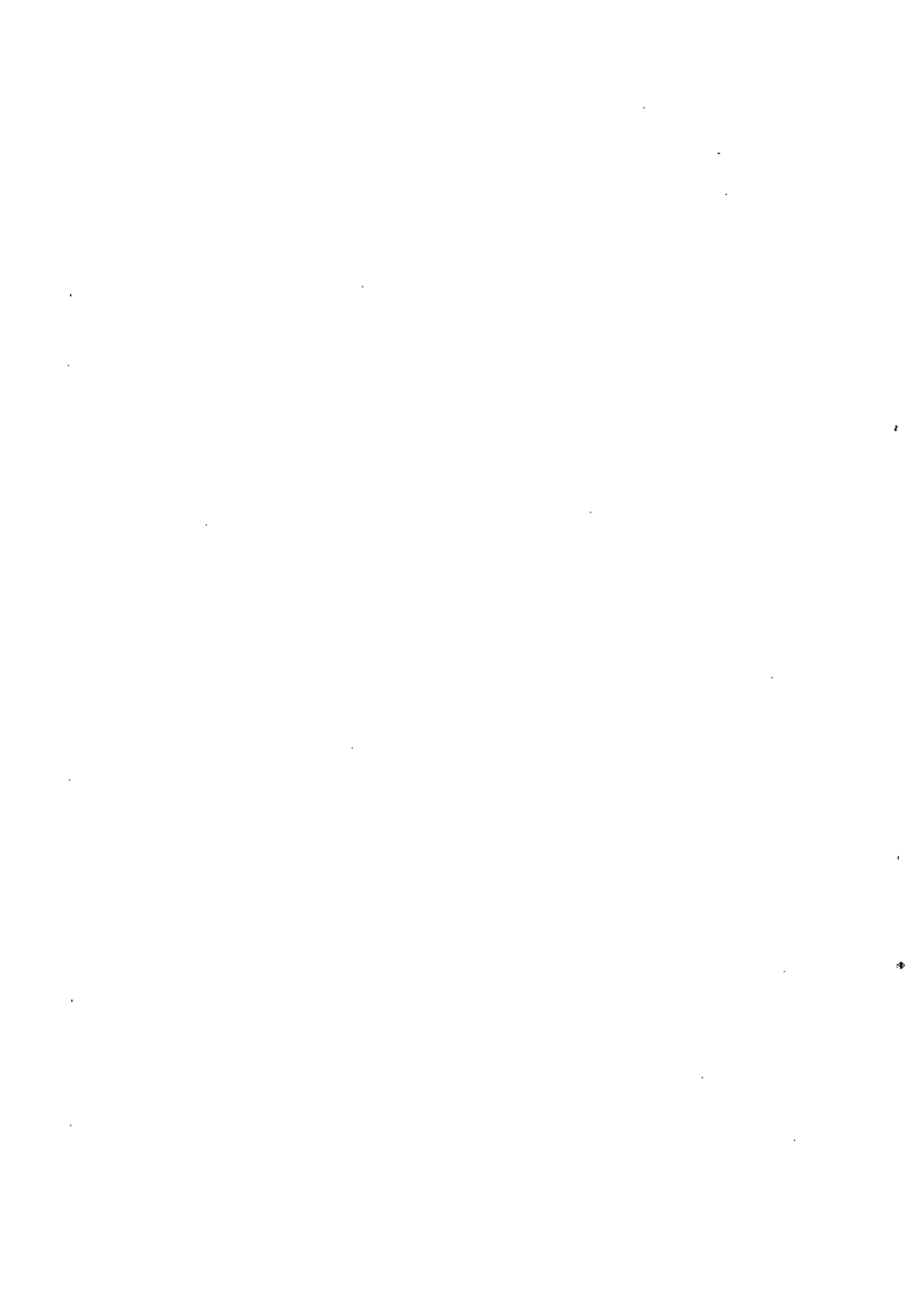
En primer lugar se ha incorporado la acción de la juventud como un elemento orgánico al gobierno de las instituciones universitarias, esto es una energía propulsora. Por cierto que con ello se ha perturbado la paz de los claustros; la existencia ha dejado de ser apacible; la sensación del riesgo en el ambiente hostil, obliga a un constante esfuerzo para mantener el prestigio de la cátedra. Yo he alcanzado todavía en los escaños de la facultad de

medicina a profesores consagrados a la modesta tarea de tomar la lección señalada en el texto y era grave falta invertir acaso el orden de las páginas. ¡Tiempos felices, ya no volverán! Sin duda en el desenvolvimiento de la acción juvenil habrá habido alguna incongruencia, algún exceso en palabras y en hechos. Concedamos aún que haya habido alguna injusticia. ¿Pero, por qué se ensaña el juicio de ciertos círculos y de cierta prensa con cada desplante de la muchachada y guarda piadoso silencio para cuantos prevaricaron en la alta función del magisterio?

Luego la Reforma es libertad. Es la emancipación de trabas y tutelajes que constreñían el estudio y sofocaban toda espontaneidad. Inspirados por concepciones mecanicistas, los métodos pedagógicos deprimían la personalidad humana al nivel de una cosa susceptible de ser catalogada, medida y clasificada. La libertad universitaria supone en el estudiante, como correlativo ineludible, el sentimiento de la dignidad y de la responsabilidad, los fueros de una personalidad consciente, regida por su propia disciplina ética.

Sobre esta presunción reposa el porvenir de la Reforma. Todavía no ha llegado la hora de juzgarla y exigirle frutos (1). Mucho ha hecho con desbrozar el camino. La Reforma será fecunda si halla una generación que la sepa merecer. Abriguemos la esperanza que quienes conquistaron la libertad universitaria, la afirmarán, no como licencia demoledora, sino como acción creadora.

(1) Sobre la influencia de Alejandro Korn en la Reforma Universitaria véase el trabajo de Gabriel del Mazo incluido en las *Publicaciones de la Universidad Popular Alejandro Korn*, iniciadas en 1941, La Plata. En esta serie se han publicado, además, testimonios y ensayos sobre el filósofo que firman Segundo A. Tsi, Luis Reissig, José Romero, Ernesto Malmierca Sánchez, Arnaldo Orfila Reynal, Ana María R. de Aznar, Angel Poncio Ferrando y María de Villarino.



EL MOVIMIENTO DE LA JUVENTUD

Ajeno de todo punto al conflicto local y sin títulos para inmiscuirme, me complace, asimismo, el ofrecimiento de estas columnas para recordar el carácter nacional de la Reforma Universitaria, sin desconocer que a la juventud de Córdoba corresponde el puesto de vanguardia.

La Reforma es el movimiento más espontáneo de la juventud argentina, desde los tiempos, ya remotos, en que otra generación de muchachos, sensible al llamado de la hora histórica que le tocó vivir, se agrupó en la Asociación de Mayo. Tres lustros de amarga lucha hubieron de afrontar antes de ver la aurora de los nuevos tiempos. En este largo proceso no faltaron divergencias sobre los medios y los fines, intemperancias y desfallecimientos, sacrificios y claudicaciones, pero, al través de errores y aciertos, la unidad espiritual de sus anhelos los condujo al cumplimiento de su misión histórica y los hombres forjados en el ostracismo, retornaron para asumir el gobierno del país.

Dentro de otras modalidades, peripecias análogas ha debido experimentar el movimiento universitario y también podemos anunciarle el mismo éxito. Porque no ha sido ni es un movimiento artificial, ni obedece a hechos aislados o accidentales. Responde a un estado de ánimo

de las nuevas generaciones, al impulso de la voluntad colectiva, a la sensación de una crisis en la evolución nacional. Sus hombres, sus órganos, su táctica, su propósito inmediato pueden cambiar; la idea que le anima persiste sin desmedro.

No nos arredren las alternativas inevitables; no nos sorprendan las resistencias abiertas o insidiosas. El pasado se defiende y brega por mantener su tutela rutinaria; los rehacios de todas las revoluciones, que nada olvidan y nada aprenden, siempre sueñan con soluciones regresivas.

Pero si bien es cierto que la vida intelectual del país siempre se ha desarrollado al margen de las universidades, esto no puede continuar. Es preciso incorporarlas de una vez a las fuerzas vivas que labran el porvenir de nuestra cultura superior.

Profesionales tenemos suficientes. La finalidad económica no puede ser la única. El pueblo argentino no aspira a ser un hato de filisteos.

La intervención de la juventud en el gobierno de la Universidad, es condición previa de la Reforma. Su contenido espiritual surgirá luego de la acción. No se vive con arreglo a programas, pero se marca un rumbo o un ideal a la vida. El ideal de la Reforma lo sentimos; quienes no nos comprendan que se marchen. Y se marcharán aunque no sea la semana entrante.

Quiera la nueva generación, entretanto, mantenerse serena y valiente y si fuera necesario combatir otra vez tres lustros, no vacile en la certeza de la victoria final.

LOS EXAMENES Y EL IMPERIO DE LA RUTINA

La Universidad desempeña actualmente dos funciones heterogéneas: la enseñanza y la expedición de títulos que habilitan para el ejercicio de alguna profesión liberal. En todos los pueblos cultos esta función se la reserva y la ejerce el Estado por medios propios. La Universidad argentina por una tradición ya remota complica su función docente con la función examinadora. Por ahora no conviene renunciar a este privilegio, pero en cambio es de la mayor urgencia separar ambas funciones.

Las actuales pruebas de competencia, los exámenes anuales por materia, son no solamente arcaicos sino simplemente absurdos. Cometería un abuso si explayara este tema. La discusión doctrinaria hace tiempo que está agotada. En teoría el sistema actual está juzgado y condenado, nadie, empero, se atreve a quebrar el viejo imperio de la rutina.

El alumno no estudia hoy por hoy para informarse de la materia sino para dar exámenes, lo que es una cosa muy distinta. Luego acumula el resultado fragmentario de estas pruebas parciales y entiende haber rendido la prueba de su cultura universitaria y de su suficiencia pro-

fesional. Lo uno y lo otro es discutible. El egresado medianamente honesto empieza a estudiar después de haber abandonado la Universidad. Pero no todos los egresados son medianamente honestos.

No he de emplear mi larga experiencia en ejemplarizar con crudeza vicios y simulaciones que todos conocemos, que por decoro callamos y por cobardía consentimos. Todavía, a pesar de la asistencia libre, hay profesores que en el examen castigan al alumno que no ha concurrido a escuchar sus inútiles monsergas y favorecen al que ha hecho alarde de obsecuente asiduidad. Algunos hasta exigen el restablecimiento de la asistencia obligatoria; precisamente aquellos habituados a repetir en la cátedra el texto de un manual que cada cual puede, con mayor provecho, leer en su casa.

Todavía en exámenes universitarios, como un adnículo de vetustos antecedentes coloniales, aparece el innoble trasto del bolillero, providencia aleatoria de ignorantes y de vivos. Y es un tipo cómico de este nuestro ambiente el profesor apasionado del principio de autoridad, incapaz, sin embargo, de aplazar al más ramplón de sus alumnos. Los estudiantes, a su vez, bregan por que se multipliquen las épocas y los turnos de los exámenes para poder desarrollar habilidosas tácticas en procura del ansiado diploma. El producto de esta faena universitaria cada vez se cotiza con mayor desprecio. Por mi parte ya me molesta cuando alguien me llama doctor. Muy lejos estamos de poder considerar el título universitario como distintivo de una selección intelectual.

La separación de la función docente y de la examinadora no será una panacea. Las deficiencias de nuestra

vida universitaria tienen raíces más hondas. Pero la reforma que reclamamos no dejaría de elevar la enseñanza superior a un nivel más alto.

Los Estudiantes y el Gobierno de la Universidad

Las conquistas de la última Reforma Universitaria son intangibles. La intervención de los estudiantes en el gobierno de la Universidad es un hecho definitivo. Salvado el principio el articulado casuístico carece de importancia. Aún en un ambiente de evolución tan acelerada como el nuestro los cuerpos académicos tienden a la estabilización rutinaria y a la formación de círculos cerrados. Por eso la historia de nuestros institutos universitarios es la historia de las conmociones intestinas, renovadas en cada década, para imponer las exigencias del momento. La última reforma se eslabona con la serie de movimientos anteriores, pero se distingue de ellos porque, en lugar de reparar un mal momentáneo, ha incorporado al organismo universitario un factor dinámico, un *élan de vie*, destinado a herir la inercia académica con un impulso progresivo y continuado.

He oído repetir hasta la saciedad que la Reforma Universitaria ha fracasado, que ha destruído la apacible paz de los claustros, que sólo ha dado lugar al desarrollo de nuevos vicios en el electorado universitario. El reparo sería de una simpleza candorosa, si no fuera el lamento de intereses lesionados. Con el mismo derecho podría decirse que la Revolución de Mayo ha fracasado, pues a más de un siglo de distancia, aún no se ha realizado la visión

ideal de sus promotores; debiéramos haber preferido la apacible paz de la colonia.

Un hecho histórico —y la Reforma Universitaria es un hecho histórico— se encuadra dentro del proceso más amplio a que obedece. La Reforma, reacción revolucionaria contra un estado de cosas anacrónico, pudo mantener a su cohesión en la obra demoleadora pero no en la tarea de reconstrucción y, mucho menos, pudo llevarla a cabo con la premura que la inexperiencia y la impaciencia de la juventud imaginaba. Pero se ha impuesto pese a la resistencia abierta que quería anularla y a la insidia que quería escamotearla. Labrada por tendencias e influencias divergentes, sin el concepto claro de la finalidad, ha debido encarar al mismo tiempo los problemas más complejos: la reforma de los métodos didácticos, la definición del concepto social de la Universidad, la discusión de los fundamentos filosóficos de la cultura universitaria. Todo esto tan luego en una época de honda conmoción universal y sin poder eludir el conflicto forzoso de intereses y de pasiones humanas.

La apreciación superficial de este gran movimiento, con deplorable incomprensión, no alcanza a ver más que las grescas estudiantiles para condenarlas con airada severidad. ¿De qué asombrarnos? ¿Acaso en los austeros claustros universitarios de la prerreforma jamás se ha tramitado un enjuague electoral? ¿Luego acaso los profesores han dado mejor ejemplo, las altas autoridades han dejado de fomentar y de aprovechar estas divisiones? No ocurre en la Universidad sino lo que ocurre en todo nuestro ambiente nacional. Precisamente tenemos a la vista de un extremo al otro del país el espectáculo de una con-

tienda electoral dirigida por nuestros hombres más representativos. Ante cargosos reproches, la muchachada bien podría contestar con desplante: —¿Y acaso nos han enseñado otra cosa?

Los vicios del electoralismo universitario, que todos lamentamos, reclaman un remedio y no recriminaciones. Pero el remedio no puede ponerse en el reglamento.

La Enseñanza Secundaria

Hay graves deficiencias de la vida universitaria que la Universidad no puede corregir porque nacen fuera de su jurisdicción. Me refiero a la enseñanza secundaria y a la preparación de los alumnos. Sin embargo, en los colegios nacionales dependientes de las universidades mucho puede hacerse. Pueden también reglamentarse las condiciones del ingreso; entiendo que todavía hay Facultades que admiten alumnos sin exigirles el bachillerato. No hemos de tener una buena Universidad mientras no tengamos buenos colegios nacionales.

1928.



CENTRO DE ESTUDIOS

C	E
R	U

REFORMA UNIVERSITARIA